

peramos que su próxima creación esté a la altura de ese inolvidable *Coirón*, o lo supere.—JUAN LOVELUCK.



“TRAGEDIA Y REALIZACIÓN DEL ESPÍRITU”, ensayos filosóficos, por *Enrique Molina*. Editorial Nascimento, Santiago, 1952

Un nuevo y hermoso libro de don Enrique Molina. Y, a la vez que hermoso, útil, noble y mesurado. No obstante su título, y la finalidad que del título se desprende, más parece que *Tragedia y realización del espíritu* hubiese sido escrito para hablarnos del alma: tanto predomina en él, el ético sentido de la vida.

Con claridad, con sencillez (tan raras en la lucubración filosófica), el autor nos muestra en los cuatro ensayos de este volumen, cómo, tras las múltiples especulaciones de la razón y del espíritu —que les añaden ciencia y dolor—, el factor moral interviene en activa y consoladora manera en los problemas generalmente irresolubles del entendimiento; y pasa a constituir en última instancia el único bien verdaderamente positivo alcanzado por el hombre. Es la sabiduría, que se impone a la filosofía. (Recuérdese el caso de Manuel Kant, el de la *Crítica de la Razón práctica*, quien, en su desesperado esfuerzo por desentrañar la verdad, entrega a nuestra fe en Dios, y al sentido en lo moral, la resolución del problema). Y es este sentido, moral por sobre todas las cosas, el que vitaliza el pensamiento de don Enrique Molina. Su figura de maestro se alza recta, humana, ejemplarizadora, ante la vida, como la figura de Marco Aurelio...

El autor de *Tragedia y realización del espíritu* ha hecho aquí una breve suma, más que de la filosofía misma, del espíritu filosófico. Del noble espíritu filosófico del hombre, pleno de esa moral y esencial sabiduría (“sofrosine”), el que no es como el arrogante espíritu del filósofo, que, sobre inciertos cimientos pretende cons-

truir hasta más arriba de las nubes el edificio fundamental de sus especulaciones; que pretende volar con supuestas alas, de eternidad a eternidad; y que al fin, con desengañada voz terrena termina por confesar que sólo sabe que nada sabe.

Pero, el alto espíritu filosófico de don Enrique Molina no se deja tentar por el ángel del orgullo. Sólo alguna vez su voz prudente se le escapa por sobre los abismos ilimitados; como sucede cuando en las páginas 51 y 52, al comentar y objetar las doctrinas de la telefinalidad de Lecomte de Noüy, enaltece con demasiado optimismo, a nuestro parecer, el concepto de libertad. ¿Qué es libertad? Don Enrique Molina no la define aquí, filosóficamente; la defiende nada más, con una convicción un tanto democrática... Libertad, creemos nosotros, modestamente, es como una bella ficción, de abstracto sentido infinito...; pero que en la realidad sólo puede concebirse dentro de ciertos límites y modos. Siempre habrá, en razón de la limitación del entendimiento, algún obstáculo que le diga: ¡alto! Por otra parte, no es “a la espléndida libertad creadora del espíritu del hombre”, a que debe sus posibilidades la humanidad, sino a la facultad creadora del espíritu...

El infatigable maestro y autor de *La herencia moral de la filosofía griega*, de *De lo espiritual en la vida humana*, de *Nietzsche dionisiaco y asceta*, y de tantos otros libros de socrática y cristiana doctrina, nos da en este nuevo volumen, si no una meta —que nadie puede darla ni ofrecerla— en las zonas intangibles del espíritu, un derrotero que nos puede llevar hacia las seguras moradas del alma.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

■

“DON Y DOÑA”, novela, por *Waldo Urzúa Álvarez*. Nascimento, Santiago de Chile

Una a una, en los últimos años, han ido brotando de estas tierras de Chile, que las decían pobres de jugos y de cales, magníficas